

EL DEBATE INAGOTABLE

POR

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ

New York University, Emeritus

La contracción que los indígenas americanos experimentaron al entrar en contacto con los europeos fue atribuida en un primer momento a motivos que van desde el castigo divino por los pecados cometidos a la furia sin límites de los conquistadores. Cinco siglos más tarde, el debate sobre la dimensión y la razón de ser de la hecatombe recurre a otros argumentos, pero no remite. Los grandes avances realizados por la demografía histórica han dibujado en la segunda mitad del siglo XX las líneas del declive, tanto las gruesas como las de los varios grupos étnicos y áreas ecológicas. En cambio, los mismos estudios no han dado todavía con un modelo satisfactorio de análisis multivariante que precise qué causas sembraron la desolación y en qué proporción actuaron cada una de las que se conocen. Lo sucedido está pues claro en términos generales, pero no se sabe a ciencia cierta qué y cuánto empujó al abismo. En la discusión en curso, la mano de Dios ha sido descartada y dos viejos actores del drama han sido retirados del proscenio. Indígenas y conquistadores han dejado de ser responsables del desaguado por sus pecados o por sus tropeías. Los seres humanos han pasado a ser más bien instrumentos de altos designios seculares, como el colonialismo o la globalización de la morbilidad.

Antropólogos como Rivet, Kroeber, Steward y otros propusieron de 1930 en adelante estimaciones de la población americana primigenia partiendo de la relación teórica que su volumen guarda dentro de ciertos márgenes con cada nivel social, económico y cultural alcanzado por un grupo étnico. Sumando parciales, los autores obtuvieron cantidades, no siempre coincidentes, para el hemisferio entero. Los historiadores procuraron por su lado espigar en las obras impresas las menciones que los cronistas u otros testigos hicieron al tamaño y a las pérdidas de las sociedades que avistaron. En esta línea de investigación, Rosenblat, lingüista interesado en el entrecruzamiento de las hablas y de los hombres americanos, formuló un balance del primer siglo y medio de contactos entre indios, europeos y africanos, que luego extendió hasta sus propios días¹. De los datos reuni-

¹ Angel ROSENBLAT, *La población indígena y el mestizaje en América*, 2 tomos, Buenos Aires, 1954.

dos por él se desprendía una declinación que comparada con la que arrojaron cálculos posteriores resultaría modesta.

Por las mismas fechas, un geógrafo (Sauer), un biólogo (Cook) y un historiador (Simpson), de la Universidad de California (Berkeley), procedieron por su lado a indagar la acción de las enfermedades, la cambiante capacidad de sustentación del suelo o la alteración en la explotación de la tierra, todo ello en relación con México². Partiendo de tradiciones académicas dispares, sus investigaciones convergían sin embargo sobre un mismo objetivo, iniciando así un benéfico diálogo interdisciplinario. Ese espíritu se concretó en una íntima colaboración intelectual entre Sherburne F. Cook y el historiador Woodrow W. Borah. Del trabajo y de la pluma conjuntos salieron muchas e importantes obras, de las que sólo se recogen en nota las más destacadas³. El binomio Cook y Borah suscitó el debate sobre el declive de la población amerindia en términos modernos e incorporó a él atestiguaciones nuevas. Su actividad inauguró una nueva especialidad científica, la demografía histórica americana. La labor común duró dos decenios largos hasta la desaparición del primero.

Cook y Borah estudiaron pueblo por pueblo las tempranas visitas de tributarios que los funcionarios españoles realizaron valiéndose de caciques concedores de las minucias de su grey. Cada recuento hallado en los archivos descubrió un peldaño ignoto de la evolución numérica de México central entre 1530 a 1610. La cima fue alcanzada cuando ambos autores consiguieron estimar el tamaño de la población amerindia en vísperas de la Conquista⁴. Fijada la masa tributaria cada tanto, el tándem operó luego la conversión de sus magnitudes en habitantes, multiplicando los indios de esa clase por un coeficiente que representaba la cantidad estándar de personas que dependían de cada tributario. Las lagunas que las fuentes encierran inevitablemente, fueron suplidas por extrapolación. La normalización de los datos por decenios venció la irregularidad de las fechas en las que se efectuaron las numeraciones. La merma, finalmente, fue expresada en tasas de decrecimiento. Cook y Borah pudieron afirmar al finalizar su reconstrucción que

² Por ejemplo: C. SAUER, *The Aboriginal Population of Northwestern Mexico*, Berkeley, 1935; S. F. COOK, «The incidence and significance of disease among the Aztec and related tribes», *Hispanic American Historical Review*, 26, 1946, pp. 320-325; «The interrelation of population, food supply and building in Pre-Columbian Central Mexico», *American Antiquity*, 13, 1947, pp. 45-52; *Soil erosion and population in Central Mexico*, Berkeley, 1949, y L. B. SIMPSON, *Exploitation of land in Central Mexico in the Sixteenth Century*, 1952.

³ La bibliografía completa de Borah se halla en: J.W. WILKIE y R. HORN, «An interview with Woodrow Borah», *Hispanic American Historical Review*, 65, 1985, pp. 437-441.

⁴ Las principales etapas de esa investigación fueron recogidas en las obras conjuntas siguientes: *The Indian population of Central Mexico, 1531-1610*, Berkeley, 1960; *The population of Central Mexico in 1548, a critical analysis of the «suma de visitas de pueblos»*, Berkeley, 1960; *The Aboriginal population of Central Mexico on the eve of the Spanish Conquest*, Berkeley, 1963; *Essays in population history: Mexico and the Caribbean*, 3 vols., Berkeley, 1974-1979 (trad. al español, México, 1977-1980).

la población indígena se había desplomado en México central de unos 25 millones de habitantes en 1519 hasta unos 700.000 en 1625. En poco más de un siglo, el sector ampliamente mayoritario de la población se redujo pues alrededor del 3 por ciento del tamaño original, con caídas desiguales por región, altitud o época⁵. Tras la Conquista, el corazón de México se había despoblado.

Los estudiosos de Berkeley procuraron a continuación corroborar la catástrofe observada y la compararon con la trayectoria de otros territorios, primero del país (Mixteca Alta, Yucatán y Nueva Galicia) y luego de afuera (La Española y Nueva Granada)⁶. La base informativa con que contaron para sus operaciones fue más precaria que la dispuesta para México, pero descubría menguas por el estilo. Con la comparación, el derrumbe adquirió rango americano y se convirtió en objeto de reflexión para la historia mundial⁷. Como explicación del desastre, las armas de los conquistadores fueron relegadas a un segundo plano pues parecían demasiado simples para causar tanta mortandad. En su lugar, Cook y Borah admitieron la intempestiva irrupción de las epidemias europeas. Éstas se ensañaron sobre los naturales faltos de inmunidad previa protectora.

A medida que los trabajos de Cook y Borah postulaban precipitaciones abismales, la desazón aumentaba entre los colegas y en el público interesado en la cuestión. Una contracción demográfica de esa dimensión y sin equivalente conocido en el mundo entra mal en la cabeza. Algunos historiadores tradicionales rebasaron las naturales sorpresas y dudas para impugnar las evidencias aportadas con descalificaciones ideológicas por suponerlas rebrote de la Leyenda Negra. El frente del rechazo se alineó en retirada detrás de Rosenblat que postulaba una disminución moderada. En las páginas finales de esta revista, William Denevan evoca el memorable debate del que fuimos testigos en el Congreso de Americanistas celebrado en 1966, en el que Rosenblat y Borah cruzaron opiniones opuestas. En Mar de Plata, Rosenblat se apejó a la letra de ciertos testimonios; Borah prefirió, en cambio, los documentos administrativos locales —las visitas—, que sometió a tratamiento estadístico. Las fuentes y la metodología los separaban. Su controversia prosiguió por un tiempo sin acercar posiciones⁸.

Otros investigadores se aventuraron de inmediato por el camino señalado por Cook y Borah. La mayor parte de ellos empezó pronunciándose por el esquivo

⁵ «The rate of population change in Central Mexico, 1550-1570», *Hispanic American Historical Review*, 37, 1957, pp. 463-470.

⁶ *The population of the Mixteca Alta, 1520-1960*, Berkeley, 1968. Los ensayos sobre Nueva Galicia, la Española y Nueva Granada figuran en los *Essays* [4], pp. 300-375, 376-419 y 411-429, respectivamente; el estudio sobre Yucatán en II, pp. 1-179.

⁷ W.W. BORAH, «¿América como modelo? El impacto demográfico de la expansión europea sobre el mundo no europeo», *Cuadernos Americanos*, XXI, 1962, pp. 176-185.

⁸ ROSENBLAT recapituló su postura en *La población de América en 1492*, México, 1967 y BORAH la suya en «The historical demography of Latin America: sources, techniques, controversies, yields», P. DEPRES (compil.), *Population and Economics*, Winnipeg, 1970, pp. 173-205.

tamaño de la población precolombina, comienzo de la pendiente. A mayor volumen, mayor descalabro. Dobyns propuso las cifras más altas para aquel momento. Diez años más tarde, Denevan agrupó a varios especialistas que presentaron, área por área, sus hallazgos y sus cogitaciones⁹. Las especulaciones fueron más. Por un tiempo, la postura alcista pareció el reino de los antropólogos y de los geógrafos, hasta que varios historiadores publicaron monografías regionales de la despoblación. N. D. Cook confirmó el declive de Perú; Lovell, Lutz y Newson el de América central; Powers, Alchon y Newson el de Quito, por sólo citar las contribuciones más destacadas¹⁰. El descalabro conformó un modelo que salvó incluso las fronteras del continente americano. En el mundo hispánico, éste fue sometido a verificación en las islas Canarias en el Atlántico y en las Filipinas en Asia¹¹. Por su tono especulativo y unilateral, descarto el intento africano¹². De estas exploraciones, la posición de Cook y Borah, y no la bajista, salió reforzada. Que el contacto desigual entre pueblos conlleva desolación en sus comienzos deja ahora de levantar ampollas por evidente. La amable imagen europea de la difusión del progreso por el mundo quedó negada.

Coincidir con la tesis central de Cook y Borah no presupone asentimiento reverencial. Unos estudiosos se plantearon, por ejemplo, si la capacidad productiva del suelo podía mantener a las densas poblaciones agrarias inferidas; otros cuestionaron los métodos aplicados en el tratamiento de las visitas; otros preconizan descender del nivel agregado por pueblo al desagregado de personas para esclarecer si la fecundidad, la mortalidad y el matrimonio anotados en las visitas son compatibles con el curso reconstruido y si proyectan además alguna luz sobre la incapacidad vital mostrada por los amerindios para recuperar a la corta¹³. Sin perder dramatismo, los rasgos del declive admiten pues ajustes.

⁹ H.F. DOBYNS, «Estimating aboriginal American population. An appraisal of techniques with new hemispheric estimates», *Current Anthropology*, 7, 1966, pp. 395-416, y W. M. DENEVAN (compil.), *The native population of the Americas in 1492*, Madison, 1976.

¹⁰ N.D. COOK, *Demographic collapse: Indian Perú, 1520-1620*, Cambridge, 1981; C. H. LUTZ, *Historia sociodemográfica de Santiago de Guatemala, 1541-1773*, Guatemala, 1982; W. G. LOVELL, *Conquest and survival in Colonial Guatemala: a historical geography of the Cuchumatán Highlands, 1500-1821*, Montreal, 1985; L. Newson, *The cost of Conquest: Indian decline in Honduras under Spanish rule*, Boulder, 1986 y *Indian survival in Nicaragua*, Norman, 1987; K. Powers, *Andean Journeys: Migration, Ethnogenesis, and the State in Colonial Quito*, Albuquerque, 1995; S. A. ALCHON, *Native Society and Disease in Colonial Ecuador*, Cambridge, 1991; L. NEWSON, *Life and Death in Early Colonial Ecuador*, Norman, 1995.

¹¹ A. MACÍAS, «Expansión europea y demografía aborigen. El ejemplo de Canarias, 1400-1505», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 2, 1992, pp. 11-45; L. Newson, «Old World diseases in the early Colonial Philippines and Spanish America», D. F. DOEPPERS y P. XENOS, *Population and History: The Demographic Origins of the Modern Philippines*, Madison, 1998, pp. 17-36.

¹² L.M. DIPOO-MAES, «Essai d'évolution de la population de l'Afrique Noire au Xve et XVIe siècles», *Population*, 40, 1985, pp. 855-890.

¹³ W. T. SANDERS, «The population for the Central Mexican Symbiotic Region, the Basin of Mexico, and the Teotihuacán Valley in the Sixteenth Century», W.M. DENEVAN, [9], pp. 85-150; D.

De medir la pendiente, el debate se ha desplazado en la actualidad hacia las causas de la atrición. Este número monográfico se centra precisamente en la etiología del descalabro. A la razón científica que asiste al repaso regular de problemas intrincados, se añade esta vez un motivo doloroso. Woodrow W. Borah acabó su larga vida científica y docente el 10 de diciembre de 1999. En el obituario que le dedicó a las pocas semanas, Herbert S. Klein escribió que Borah fue «el estudioso de la América latina colonial más innovador y original que Norteamérica haya producido y probablemente el más influyente a la hora de replantear los grandes temas de la historia mundial»¹⁴. Las páginas de esta revista no pueden pasar por alto la desaparición de un historiador de su talla y proyección intelectual. La manera más sensible de recordar su herencia es repensar sus tesis. En el recuerdo, la *Revista de Indias* recupera un tema y un historiador a los que sus páginas prestaron poca atención cuando a un lado y otro del Atlántico la comunidad académica discutía con animación sus propuestas¹⁵.

El VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica celebrado en Castelo Branco (Portugal) dedicó una sesión el día 18 de abril de 2001 a la memoria de Woodrow Borah. Instado por el presidente de la asociación, David Reher, me encargué de organizarla y de moderarla. En ella, Massimo Livi Bacci y Elsa Malvido presentaron versiones preliminares de sus contrapuestos puntos de vista, cuyo contenido se dará a conocer más adelante. Noble David Cook prefirió en cambio dar otro destino a su exposición y la reemplazó por el texto que figura en tercer término detrás de esta presentación general. Una sola sesión no da para mucho. Ahondar en el tema requiere más espacio y más colaboraciones. Agradezco por lo tanto a la directora, Consuelo Naranjo, la rápida acogida que prestó a mi propuesta de dedicar un número de la *Revista de Indias* al recuerdo de Borah y a la faz actual de la controversia que él inauguró. No menos son de agradecer la pronta respuesta de los autores invitados y el esfuerzo realizado para ajustarse a los límites y al tiempo concedidos. Sus contribuciones se publican en la lengua en que fueron enviadas.

La interpretación de la catástrofe suma argumentos armonizables entre sí como son los abusos cometidos con los indígenas en la conquista y colonización del territorio, con los efectos sufridos por las mismas personas debido a la propagación de imparable epidemias europeas. Ambos constituyen no una razón, sino haces explicativos complejos con tendencia cada uno a presentarse como la de-

HENIGE, *Numbers from Nowhere: The American Indian contact population debate*, Norman, 1998; una reivindicación de la escala personal se encuentra más adelante en el artículo de McCaa.

¹⁴ *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 37, 2000.

¹⁵ La *Revista de Indias* publicó sólo reseñas anodinas (XXIII, 1963, y XV, 1965) de dos obras conjuntas de COOK y BORAH, pero ninguna sobre sus *Essays*. De COOK comentó una monografía (XXI, 1961); de BORAH tres de corte económico (XIII, 1953: XV, 1954 y XX, 1960). Dos artículos de F. GUERRA (XLV, 1975, y XLVI, 1986) y una reseña de la obra de N.D. COOK [10] (LII, 1992) suponen una tardía apertura de la *Revista* al tema.

mostración clave. Abundar en la incidencia de las epidemias lleva a disculpar la responsabilidad de la acción colonizadora; insistir en cambio en lo opuesto implica desconocer la mortífera acción de las enfermedades. Los artículos de este número admiten la intervención de varios factores y ponderan cómo se combinan entre ellos en cada caso. Las muertes, junto con los desplazamientos forzosos, la requisita de alimentos, los trabajos agrícolas, mineros y en la construcción extenuantes y el acarreo, recubren un entramado de acciones que ocasionaron la descomposición de la estructuras económicas, sociales y culturales nativas, las pérdidas humanas y una inhibición para la recuperación inmediata.

Roto, por otra parte, el aislamiento milenario del continente americano, los males del Viejo Mundo invadieron un terreno virgen con lo que completaron el dominio del orbe en un acto —en expresión de A. Crosby— de *imperialismo ecológico*. De esta expansión biológica, la población indígena fue sólo la víctima más visible. Explorar la vertiente humana, presenta para el historiador dificultades técnicas más que conceptuales. Necesita acceder a una disciplina y a una bibliografía médicas poco familiares. En ellas, deberá localizar las enfermedades europeas y la ruta y fecha de su propagación hasta el Nuevo Mundo y dentro de él, sin que falte una justificación de la virulencia alcanzada en el nuevo habitat. La prosa de las crónicas o de los registros parroquiales proporcionan al historiador menciones escuetas, y las más de las veces confusas, de enfermedades con síntomas parecidos entre los que deberá optar con harta riesgo de equivocarse. El estudio de la catástrofe se apoyó en un primer momento en los conocimientos de otros especialistas (demógrafos, estadísticos, biólogos, ecólogos...). El enfoque pluridisciplinar sigue siendo necesario, ahora con la ayuda de médicos conocedores de las enfermedades del pasado.

El número especial de la *Revista* comienza con un trabajo que recuerda el ingreso del primer contingente humano al hemisferio. Su origen asiático constituye, igual que el del colapso demográfico, un debate sin tregua. Por años, arqueólogos y antropólogos físicos han excavado los estratos sedimentarios del continente en busca de los artefactos y huesos reveladores de las rutas y fechas del paso de los ancestros. En el último decenio o poco más, el saber acumulado ha experimentado una fuerte sacudida. Los objetos han cedido la palabra a la información biológica, en espectacular aumento al amparo de los avances de la genética. ADN, cromosomas y otros materiales extraídos de las inhumaciones están escribiendo con tinta fresca la presencia prístina del hombre en América. Con las novedades vienen también las inevitables disensiones. El terreno no se encuentra aún asentado. Herbert S. Klein y Daniel E. Schiffner, profesores de las Universidades de Columbia y de California en San Francisco, exponen los puntos en discusión y dan entrada a una extensa bibliografía a la que el historiador podrá recurrir para hacer su propia composición de lugar.

Massimo Livi Bacci, profesor de demografía de la Universidad de Florencia, presidente honorario de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la

Población y con un interés conocido por la historia demográfica de España y de América Latina, se sumerge a continuación en la tempestuosa extinción de los naturales de La Española tras la llegada de Colón y de sus huestes. Livi Bacci se enfrenta a ella con madera de historiador y con fórmulas originales. Repasa y sopesa las fuentes disponibles, propone estimaciones propias del tamaño previo de la población indígena y desecha las explicaciones dudosas del derrumbe, como por ejemplo las relativas a epidemias tempranas. Su formación profesional le lleva no a sumar explicaciones del desastre, sino a componer un modelo teórico. Explicado éste, concluye que las probabilidades se inclinan por un exceso de explotación de los indios. Descartadas las epidemias por Livi Bacci por falta de pruebas, la conjetura resurge. En el artículo siguiente, el historiador Noble David Cook, de Florida International University, concluye una lectura detenida de documentos colombinos inéditos hasta hace poco proponiendo que no es de excluir que la viruela hubiera entrado en la Española con los indios taínos (y sus pertenencias) repatriados en el segundo viaje colombiano de 1493. La posibilidad cuenta con respaldo documental, no suficiente sin embargo, hasta ahora, como para convertir la contingencia en certidumbre.

Las epidemias del Viejo Mundo son para Elsa Malvido la causa primordial de la retracción demográfica americana posterior al ingreso de los españoles en el continente. La investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México detalla la secuencia de epidemias que asolaron México central en el siglo dieciséis y subraya la alta mortalidad inherente a los patógenos introducidos en poblaciones inadaptadas. Malvido expresa su opinión de que si proyectáramos hacia atrás una cantidad de sobrevivientes por el grado de mortalidad correspondiente a cada epidemia, la población alcanzada para el primer contacto no distaría de aquella a la que Cook y Borah llegaron por otro camino. El procedimiento excusa, en el sentir de la autora, la más laboriosa reconstrucción demográfica basada en datos administrativos de valor dudoso. En el artículo siguiente, Robert McCaa, de la Universidad de Minnesota, retoma México y los libros de tributos para llamar la atención sobre datos ignorados por Cook y Borah. La lectura de las matrículas por individuos y no en la forma agregada por pueblos pone al descubierto un tipo de familia extendida y de pautas residenciales distintas a las europeas y asiáticas. No es pues seguro que valga el múltiplo europeo de dependientes que Cook y Borah aplicaron a los censos de tributarios. Podría ser mayor o menor. De la familia nahua no sabemos aún si es reducible a un tamaño estándar, ni por qué fases pasó hasta transformarse en la actual institución plenamente cristiana de la misma zona. McCaa destapa pues la caja de la revisión de las cifras censales del siglo XVI hasta ahora soslayada.

Un bloque de cuatro capítulos recapitulan al final el declive y sus causas en espacios menos estudiados que la Española, México y Perú. Esos lugares son Nueva Granada, Quito, Amazonia y el istmo central de América. Cook y Borah hicieron en su momento una breve incursión por las tierras altas de Nueva Gra-

nada aprovechando los recuentos de tributarios de Tunja, Quimbaya y Pamplona dados a conocer por investigadores colombianos. Su ensayo cercioró la acusada disminución de la población indígena de la zona. Los antropólogos Juan Villamarín y Judith Villamarín, de la Universidad de Delaware, extienden ahora su examen al espacio neograndino, región por región y etnia tras etnia. Dibujan un cuadro cabal del territorio hoy colombiano valiéndose de las visitas de tributarios y de toda suerte de testimonios. El declive observado afecta tanto a las tierras bajas como a las altas, contra la hipótesis opuesta formulada en su día por Cook y Borah. Los factores que intervienen en la contracción demográfica varían en cada caso. Con respecto a las epidemias, los autores no dejan de referirse a la propuesta reciente de los paleodemógrafos sobre una posible corrosión de la salud y de las condiciones de vida previa a la Conquista. En este supuesto, el deterioro debió tornar más vulnerables a los indígenas. Las epidemias europeas debieron encontrar, según este razonamiento, no sólo organismos nada inmunes, sino también debilitados, una hipótesis que los autores no suscriben en toda su extensión.

Linda Newson, profesora de la Universidad de Londres, amplía a Quito los pormenores anteriores. La habitual división tripartita del territorio entre costa, sierra y montaña no le satisface y recorta unidades espaciales más reducidas. Para cada una, precisa la trayectoria y sopesa los factores que intervinieron en la respectiva retracción demográfica. Newson observa, tal como hicieron los autores que la preceden en las páginas de esta revista, que tampoco hubo en Quito una diferencia notable en el grado de despoblación de las tierras bajas y de las altas. Al abanico de motivos exhibidos, la autora agrega una consideración poco común. Newson percibe una relación entre reducción de los indígenas e intensidad de ocupación española. Contra mayor la intrusión, mayores fueron las exigencias de los pobladores sobre los naturales. Con este razonamiento, Newson inclina la balanza de su argumento en pro de la tesis de la sobreexplotación.

El estudio de W. George Lovell, profesor de geografía en Queen's University, Kinston, Ontario y Christopher H. Lutz, director del programa Plumsock Mesoamerican Studies, South Woodstock, Vermont, no se contenta con exponer la controversia acerca del tamaño de la población centroamericana en vísperas de la Conquista y sobre su declinación desigual por zonas y por diversas causas. Concluido su examen, el artículo emprende la evolución de la población colonial por territorios y por estratos, incluidos españoles, mestizos y africanos. Los autores resumen pues tres siglos de historia demográfica de la región ístmica. Cierra el número William M. Denevan, veterano en nuestras lides y geógrafo emérito por la Universidad de Wisconsin. Denevan actualiza las estimaciones propias y ajenas de la población del área amazónica antes de que la hollaran los europeos. Desechados métodos empleados por él antes, su larga experiencia en la materia le lleva a proponer cifras de población ligeramente inferiores. Denevan inicia su escrito con un recuerdo de Woodrow Borah, su maestro de Berkeley, un toque personal oportuno en un homenaje. A esta cálida evocación, me sumo expresando mi reconocimiento personal por las generosas atenciones recibidas de Borah.

Medio siglo ha transcurrido *grosso modo* desde que el tema de la catástrofe demográfica del Nuevo Mundo se planteó en Berkeley por primera vez en su modalidad presente. El asunto ha ocupado desde entonces horas y días de la mente de muchos estudiosos. Sobre él se han escrito también páginas copiosas. Oculta por la admiración que despertaba la expansión europea, la laceración de los naturales fue ignorada por siglos, salvo cuando se sacaba a relucir en contra de uno de los contendientes por el señorío de la tierra. La demostración conseguida del declive es conclusiva. La contracción demográfica tiene que ver, más que con los métodos de la colonización ibérica, con procesos universales como son la dispersión de los seres vivos por el mundo —bacterias, plantas, animales u hombres— y, en el ámbito del poder, con las secuelas económicas, sociales y culturales del colonialismo.

Más pruebas documentales relativas al derrumbe demográfico es difícil que aparezcan en número significativo de ahora en adelante. Los historiadores han rastreado los archivos. Papeles sueltos quedan por ver la luz, pero no, posiblemente, anaqueles o legajos enteros ignorados. N. D. Cook aporta, en este mismo número, datos del propio Colón, por sorprendente que parezca el hallazgo, procedentes de documentos trasapelados hasta hace pocos años. Descubrimientos parciales no han de faltar. Sin embargo, hace tiempo que nadie ha dado con visitas seriadas de tributarios o tempranos censos de población. Las colaboraciones de los Villamarín, Newson, Lovell, Lutz y Denevan se ocupan de territorios de primer rango como son Nueva Granada, Quito, Centroamérica o la Amazonia, pero los aportes que hacen al conocimiento de los respectivos declives provienen más del encaje de detalles, que de golpes de fortuna documentales. La Amazonia, en particular, parca siempre en papeles, nunca podrá producirlos. Las fuentes conocidas, examinadas con otros criterios, como preconiza McCaa, contienen información suplementaria. La criba nueva de datos, sometidos incluso a herramientas de última generación, precisará la pérdida humana, pero no proporcionará revelaciones equivalentes a las que produjeron Cook y Borah en su día. No parece ser ésta hora de primicias, sino de reflexión, como la que proponen Livi Bacci y otros autores. El vértigo esconde aún grandes interrogantes sobre cómo y por qué se operó el declive.

En ciencia, novedades nunca deben ser descartadas. Pueden enrarecerse las fuentes consuetudinarias, pero la liebre salta donde menos se espera. La prueba la tenemos en estas mismas páginas. El artículo de Klein y Schiffner nos muestra un terreno trillado, como es el del origen del hombre americano, revuelto por los avances realizados en campos alejados, como es el de la genética. Mal cabe prever de donde soplarán los vientos que obliguen a replantear el derrumbe de la población amerindia. No es imposible que los restos óseos de los indígenas sometidos a los invasores delaten las epidemias que los abatieron y que el cuadro formado por Malvido pueda ser precisado, no por documentos escritos, sino con información biológica. Cuando Cook y Borah llamaron la atención sobre el efecto demoledor que tuvieron las epidemias europeas, pintaron, llevados por el con-

traste y la falta de información, una América prehispana sometida a males degenerativos del organismo, pero libre de enfermedades infecciosas. El *Chilam Balam* de los mayas llora una salud perdida por la llegada de los españoles. Esta imagen idílica no es más sostenible. Una panoplia de gérmenes autóctonos ha dejado rastros de su agresividad en huesos añosos. Una investigación en curso en gran escala, de la que no hemos podido incluir aquí ningún testimonio, pero que ha dado lugar ya a la celebración de congresos y a la publicación de libros, concluye que la salud de las sociedades amerindias sufrió un crudo deterioro en el milenio anterior a la entrada de los europeos. El debilitamiento de la población nativa podría explicar el rigor del encuentro. El argumento yátrico del derrumbe por efecto de las epidemias importadas, se desplaza pues en nuestros días al pasado autóctono.

El volumen que presentamos no agota la discusión, ni tampoco lo pretende. Mientras subsistan zonas oscuras seguirá abierta, lo cual significa siempre. Puede reabrirse también por descubrimientos en paralelo. Para el historiador tradicional, la catástrofe es una invitación a la modestia. Con sus documentos y métodos, nunca llegó lejos. La historia hubo de esperar que otras disciplinas arrimaran el hombro para alcanzar alguna certidumbre. Ejemplo por excelencia de la investigación interdisciplinar, la evocación de estos enlaces proporciona el mejor cierre para el recuerdo de quien tanto bregó por la hibridación de la historia.